

Ángel Ganivet y el *Idearium*: una reflexión sobre España

CONSUELO MARTÍNEZ-SICLUNA Y SEPÚLVEDA

Universidad Complutense de Madrid

Ganivet representa uno de esos destellos de genialidad que a veces surgen frente a la atonía y a la abulia que inundan los siglos. Ganivet sueña y de ese sueño, que es antes que reflexión serena, un estallido pasional de afirmaciones rotundas, nace el *Idearium*, que es tanto como decir, que nace una cierta forma de sentir a España en vivo contraste con una imagen reposada, pero un tanto *pequeñoburguesa*, a la que se opone desde luego la mentalidad viva y efervescente de este granadino universal que siente a España desde Europa.

Contraviniendo el juicio expresado por Donoso Cortés, para el cual el siglo XIX es el siglo de las negaciones radicales junto a las afirmaciones soberanas, Ganivet constituye una exaltación rotunda y una afirmación plena, de lo que fue España y de lo que España podría seguir siendo, al margen de cualquier pronunciación soberana. Al decir de Sánchez Agesta¹, Ganivet sueña con una nueva grandeza de España, con una España creadora y misionera de la verdad, lo cual exige adecuar sus formas políticas y sociales a las peculiaridades de su historia y su carácter. El *Idearium*, la obra clave de su producción en la que nos ceñimos para tratar el problema vital de España, constituye por ello una llamada de atención, un intento de sacudir la pereza del siglo, y buscar lo que todavía puede estar vivo, lo que es el ser español, lo permanente de España, frente a unos tiempos en los que ésta se desangra y pierde los últimos vestigios de su anterior grandeza, que no procedía de lo exterior –porque no se

¹ SÁNCHEZ AGESTA, L. *El Espíritu español, según Ganivet*, periódico YA, 28 de enero de 1965, pp. 5-6.

trata de un lamento por las pérdidas coloniales–, sino de esa intrahistoria que su amigo y coetáneo Unamuno convierte en una de las ideas motrices de su pensamiento. De forma similar al insigne vasco, Ganivet nos habla desde dentro de la hispanidad y de ahí el toque de atención, su voz pasional y apasionada, voz del sur, como él describe con orgullo –“tengo sangre de lemosín, árabe, castellano y murciano”, “nacido en la ciudad más cruzada de España”–, una voz que trata de encontrar lo que España puede seguir siendo en el entramado de ideas y de caminos que forjaron su grandeza interna y que reflexiona sobre España fuera de los confines geográficos de ésta.

Por su peripiecia vital que le conduce a Europa debería de haber sido el más europeísta de aquellos que meditaban sobre España a lo largo del siglo XIX y, sin embargo, todo su afán sale de dentro, de lo que España es interiormente. En el *Idearium* no se advierte una influencia externa o extraña de la que pudiera surgir ese conjunto de ideas que constituye la obra de la que aquí nos ocupamos. De forma parecida al más visceral Unamuno –“¡que inventen ellos!”–, en Ganivet no se aprecian más que las influencias propias de quien parece no haber salido de su tierra y quien no contempla a España más que desde el mirador de la misma². Es más siente como peligro ese intento de europeizarnos, de asimilarnos a lo europeo como un afán servil propio de imitadores, frente al cual ha de oponerse el intento de encontrar, en nuestras propias raíces, la solución para los problemas por los que la patria atraviesa. Y uno de los principales problemas es ese intento de arrasar con lo que queda –si es queda–, en algunos, de sentimientos españoles. No habla de orgullo de ser español, o de querer volver a tiempos de grandeza y esplendor, frente a los cuales el siglo desde el que nos escribe habría de antojarse un siglo que hace decir al canciller de hierro, a Bismarck, que España está siempre al borde del precipicio, pero sin terminar de caerse. Los términos en los que se expresa Ganivet son los de los sentimientos, las “cosas nuevas que arrasan los sentimientos españoles de quienes aún los conservan” nos dirá

² De esta forma dirá que “yo no me asusto de que abramos las puertas de par en par a todas las ideas, vengan de donde vinieren; lo que no me parece bien es que perdamos nuestra personalidad y seamos imitadores serviles”, GANIVET, Á. (1943) *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, Obras Completas, Tomo II, Ed. Aguilar, Madrid, p. 515.

Ángel Ganivet y el *Idearium*: una reflexión sobre España

CONSUELO MARTÍNEZ-SICLUNA Y SEPÚLVEDA

Universidad Complutense de Madrid

Ganivet representa uno de esos destellos de genialidad que a veces surgen frente a la atonía y a la abulia que inundan los siglos. Ganivet sueña y de ese sueño, que es antes que reflexión serena, un estallido pasional de afirmaciones rotundas, nace el *Idearium*, que es tanto como decir, que nace una cierta forma de sentir a España en vivo contraste con una imagen reposada, pero un tanto *pequeñoburguesa*, a la que se opone desde luego la mentalidad viva y efervescente de este granadino universal que siente a España desde Europa.

Contraviniendo el juicio expresado por Donoso Cortés, para el cual el siglo XIX es el siglo de las negaciones radicales junto a las afirmaciones soberanas, Ganivet constituye una exaltación rotunda y una afirmación plena, de lo que fue España y de lo que España podría seguir siendo, al margen de cualquier pronunciación soberana. Al decir de Sánchez Agesta¹, Ganivet sueña con una nueva grandeza de España, con una España creadora y misionera de la verdad, lo cual exige adecuar sus formas políticas y sociales a las peculiaridades de su historia y su carácter. El *Idearium*, la obra clave de su producción en la que nos ceñimos para tratar el problema vital de España, constituye por ello una llamada de atención, un intento de sacudir la pereza del siglo, y buscar lo que todavía puede estar vivo, lo que es el ser español, lo permanente de España, frente a unos tiempos en los que ésta se desangra y pierde los últimos vestigios de su anterior grandeza, que no procedía de lo exterior –porque no se

¹ SÁNCHEZ AGESTA, L. *El Espíritu español, según Ganivet*, periódico YA, 28 de enero de 1965, pp. 5-6.

trata de un lamento por las pérdidas coloniales–, sino de esa intrahistoria que su amigo y coetáneo Unamuno convierte en una de las ideas motrices de su pensamiento. De forma similar al insigne vasco, Ganivet nos habla desde dentro de la hispanidad y de ahí el toque de atención, su voz pasional y apasionada, voz del sur, como él describe con orgullo –“tengo sangre de lemosín, árabe, castellano y murciano”, “nacido en la ciudad más cruzada de España”–, una voz que trata de encontrar lo que España puede seguir siendo en el entramado de ideas y de caminos que forjaron su grandeza interna y que reflexiona sobre España fuera de los confines geográficos de ésta.

Por su peripiecia vital que le conduce a Europa debería de haber sido el más europeísta de aquellos que meditaban sobre España a lo largo del siglo XIX y, sin embargo, todo su afán sale de dentro, de lo que España es interiormente. En el *Idearium* no se advierte una influencia externa o extraña de la que pudiera surgir ese conjunto de ideas que constituye la obra de la que aquí nos ocupamos. De forma parecida al más visceral Unamuno –“¡que inventen ellos!”–, en Ganivet no se aprecian más que las influencias propias de quien parece no haber salido de su tierra y quien no contempla a España más que desde el mirador de la misma². Es más siente como peligro ese intento de europeizarnos, de asimilarnos a lo europeo como un afán servil propio de imitadores, frente al cual ha de oponerse el intento de encontrar, en nuestras propias raíces, la solución para los problemas por los que la patria atraviesa. Y uno de los principales problemas es ese intento de arrasar con lo que queda –si es queda–, en algunos, de sentimientos españoles. No habla de orgullo de ser español, o de querer volver a tiempos de grandeza y esplendor, frente a los cuales el siglo desde el que nos escribe habría de antojarse un siglo que hace decir al canciller de hierro, a Bismarck, que España está siempre al borde del precipicio, pero sin terminar de caerse. Los términos en los que se expresa Ganivet son los de los sentimientos, las “cosas nuevas que arrasan los sentimientos españoles de quienes aún los conservan” nos dirá

² De esta forma dirá que “yo no me asusto de que abramos las puertas de par en par a todas las ideas, vengan de donde vinieren; lo que no me parece bien es que perdamos nuestra personalidad y seamos imitadores serviles”, GANIVET, Á. (1943) *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, Obras Completas, Tomo II, Ed. Aguilar, Madrid, p. 515.

en *Granada la Bella*³. Quizá estas palabras del granadino en este postrer 98 que ahora vivimos nos hagan contemplar con otros ojos la irresponsabilidad de quienes, a costa de traer cosas nuevas, han arrasado no sólo con los sentimientos sino con el mismo ser de España.

Las palabras de Ganivet son un aldabonazo sobre las conciencias. Pretendía sacudir esa abulia con la que choca toda la Generación del 98, a la que desde luego pertenece por derecho propio. Otro firme representante de la misma, Maeztu decía que el español o cree en verdades absolutas o no cree en nada y cuando esto último sucede echa la capa en suelo y se hasta de dormir. Ganivet trata de sacudir España se esa situación de adormecimiento interior en la que se encuentra y que es la clave para entender el siglo en el que escribe y todo el sentir de la generación del 98. El *Idearium* es por ello un alegato encendido y apasionado que no dirige su mirada con añoranza, sino que trata de rescatar de otros tiempos ideas que sirvan de motor para un presente que se antoja trágico, toda vez que el español está siendo despojado de sus sentimientos y del conocimiento de lo que ha sido su historia pasada. El *Idearium* es también un breve repaso acerca de la forma de sentir a España, de lo que debe ser genuino y propio y no puede ser asimilado a un nacionalismo o patriotismo importado de fuera. Su finalidad excede de lo que sería un planteamiento ordenado y sujeto a una estructura orgánica: la profusión de ideas que lanza el autor granadino, destellos de genialidad sobre las que hay que pararse continuamente para descubrir la intención latente detrás de esas frases sonoras, representa una manera propia de sentir y de dolerse de los males de España.

Las primeras aportaciones de su obra comienzan con Séneca, en quien encarna el modo específico de ser español, distanciándole de la Roma que, en realidad, es el *alma mater* del estoico. Entre los diferentes estoicismos –“el estoicismo brutal y heroico de Catón, ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y extremado de Epícteto”–, nos encontraremos con “el estoicismo natural y humano de Séneca”⁴. Al hablar de Séneca nos hallamos ante una de esas ideas motriz

³ GANIVET, Á. *Granada la Bella*, Obras Completas, Tomo I, Ed. Aguilar, p. 7.

⁴ GANIVET, Á. (1942) *Idearium español*, prólogo de Pedro Laín Entralgo, Ediciones FE, p. 2

en *Granada la Bella*³. Quizá estas palabras del granadino en este postrer 98 que ahora vivimos nos hagan contemplar con otros ojos la irresponsabilidad de quienes, a costa de traer cosas nuevas, han arrasado no sólo con los sentimientos sino con el mismo ser de España.

Las palabras de Ganivet son un aldabonazo sobre las conciencias. Pretendía sacudir esa abulia con la que choca toda la Generación del 98, a la que desde luego pertenece por derecho propio. Otro firme representante de la misma, Maeztu decía que el español o cree en verdades absolutas o no cree en nada y cuando esto último sucede echa la capa en suelo y se hasta de dormir. Ganivet trata de sacudir España se esa situación de adormecimiento interior en la que se encuentra y que es la clave para entender el siglo en el que escribe y todo el sentir de la generación del 98. El *Idearium* es por ello un alegato encendido y apasionado que no dirige su mirada con añoranza, sino que trata de rescatar de otros tiempos ideas que sirvan de motor para un presente que se antoja trágico, toda vez que el español está siendo despojado de sus sentimientos y del conocimiento de lo que ha sido su historia pasada. El *Idearium* es también un breve repaso acerca de la forma de sentir a España, de lo que debe ser genuino y propio y no puede ser asimilado a un nacionalismo o patriotismo importado de fuera. Su finalidad excede de lo que sería un planteamiento ordenado y sujeto a una estructura orgánica: la profusión de ideas que lanza el autor granadino, destellos de genialidad sobre las que hay que pararse continuamente para descubrir la intención latente detrás de esas frases sonoras, representa una manera propia de sentir y de dolerse de los males de España.

Las primeras aportaciones de su obra comienzan con Séneca, en quien encarna el modo específico de ser español, distanciándole de la Roma que, en realidad, es el *alma mater* del estoico. Entre los diferentes estoicismos –“el estoicismo brutal y heroico de Catón, ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y extremado de Epícteto”–, nos encontraremos con “el estoicismo natural y humano de Séneca”⁴. Al hablar de Séneca nos hallamos ante una de esas ideas motriz

³ GANIVET, Á. *Granada la Bella*, Obras Completas, Tomo I, Ed. Aguilar, p. 7.

⁴ GANIVET, Á. (1942) *Idearium español*, prólogo de Pedro Laín Entralgo, Ediciones FE, p. 2

del pensamiento de Ganivet: ser español, no por azar, por el mero hecho de haber nacido en una cierta delimitación geográfica, sino ser español por vocación: “por esencia”, nos dirá. Porque hay una forma de sentirse español en lo esencial, no en lo coyuntural o accidental. Séneca es español aunque España no existe todavía, ni Séneca sueña con ella. El destino de Séneca es español porque, parece señalarnos Ganivet, no podría ser de otra manera: es español por decisión, por carácter. Nietzsche decía que el carácter es el destino y algo de eso se vislumbra en la forma que tiene Ganivet de describir a Séneca. El destino que se labra Séneca con su conciencia es un destino que, en lo esencial, es español. Da igual que Séneca pertenezca a esa estirpe de los Anneos que dan a Roma sus conocimientos, para Ganivet son españoles que accidentalmente prestan sus servicios a Roma y cuando ésta no los entiende, como hará un emperador romano con Séneca, la respuesta de Séneca es la que pervive en las palabras del granadino: “No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido que al menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre”⁵.

Sin embargo, frente a la visión que Ganivet nos presenta de un Séneca español, no se puede dudar de que Séneca se siente *Hispaniensis*, no *Hispanus*⁶. Nosotros creemos, sin disentir enteramente de la interpretación que hace Ganivet, que Séneca es hispano a fuerza de ser romano y que es, en su estoicismo, máxima expresión de una forma particular de entender la vida más allá de sí misma. Séneca no siente más que a Roma y muere por ella, aunque es cierto que la representación que hace Ganivet del estoico se encuentra en la línea de la que se halla en otros autores, de manera que va a ser recordado, por ejemplo por Ménendez Pidal, como uno de los primeros pensadores españoles. Cabría decir que si Séneca no

⁵ GANIVET, Á. *Idearium español*, op. cit., pp. 2-3.

⁶ SOCAS, F. (2008) *Séneca. Cortesano y hombre de letras*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, p. 48.

siente a España⁷, porque para él sólo existe el Imperio Romano, sí anticipa en su pensamiento y en su vida lo que vendrá a ser la trama espiritual en la que se forja el ser hispánico: una suerte de estoicismo que admite las veleidades del destino frente a las cuales ha de mantenerse firme y fuerte.

Ganivet concibe un senequismo muy acorde con su sentimiento vital en torno a España, del que cabría decir que si no es cierto por lo menos se halla bien narrado: “El espíritu español, tosco, informe al desnudo, no cubre su desnudez primitiva con artificiosa vestimenta; se cubre con la hoja de parra del senequismo, y este traje sumario queda adherido para siempre y se muestra en cuanto se ahonda un poco en la superficie o corteza ideal de nuestra nación”⁸. Este modo de entender y de explicar a Séneca es también una vía para explicar y concebir el ser español, la esencia de esa españolidad que el autor granadino interpreta “intrahistóricamente”, desde dentro, por debajo de cuanto constituye una suerte de capa externa que no desvirtúa ese modo rudo, tosco y árido, estoico en suma, que en el Séneca que se nos aparece en el *Idearium* se perfila. A Séneca atribuye, por exceso, “la conformación religiosa y moral y aun en el derecho consuetudinario de España”, aunque como en otras cuestiones no se hubiera ocupado de las mismas. De Séneca también nace una tradición, “un ejemplo de estoicismo perseverante como el que nos ofrece la interminable falange de sangradores impertérritos que durante siglos y siglos se han encargado de aligerar el aparato circulatorio de los españoles, enviando a muchos a la fosa, es cierto, pero purgando a los demás de sus excesos sanguíneos, a fin de que pudiesen vivir en relativa paz y calma”⁹.

No pueden ser interpretadas estas palabras como un aviso a navegantes de lo que Ganivet considera un ejemplo quizá para su misma peripécia vital, que no es más que la decisión de Séneca de poner fin a sus

⁷ Sobre la polémica en torno al “españolismo” de Séneca, DE TEJADA F. E. (1991) *Historia de la literatura política en las Españas*, Tomo I, Real Academia de Ciencias Morales y Política, Madrid, pp. 46-49. Por el contrario, para Elías de Tejada nada hay que permita incluir a Séneca en un elenco de escritores españoles: no hay en Séneca mentalidad hispana, porque él no forma parte de una cultura peninsular autónoma, sino que es uno de los máximos exponentes del saber latino.

⁸ GANIVET, Á. *Idearium español*, op. cit., p. 3.

⁹ GANIVET, Á. *Idearium español*, op. cit., p. 4.

días. Extraer de estas palabras la idea de que estamos ante una premonición es más de lo que el pasional Ganivet hubiera querido manifestar. Pero se hace necesario subrayar que nos encontramos ante lo que considera como un “testimonio”, una acción testimonial de la que se desprende que esa dignidad que atribuye a Séneca la quiere para él mismo. Dando igual por lo demás que el sangrador, en el caso del estoico, tuviera nombre de Emperador. Lo importante es descubrir que en la muerte hay también un ejemplo a seguir y que ésta constituye un acto de dignidad frente a los “sangradores”, que asumen un papel poco menos que de comparsas, meros espectadores respecto del destino que cada uno tiene la posibilidad de elegir.

Séneca prepara además el camino del cristianismo. En ello Ganivet no se equivoca: el estoicismo socava el fundamento moral de la esclavitud y anticipa el mensaje de Cristo, que es aceptado en las tierras de las que procede el filósofo como un proceso natural del que germinan algunos de los primeros mártires. En esa cristianización, que Menéndez Pelayo describe perfectamente en su *Historia de los heterodoxos españoles*, se encuentra otro gran cordobés el Obispo Osio, al que sin embargo no dedica una sola línea Ganivet y que hubiera sido también un testimonio a considerar en cuanto actitud digna de cara a las amenazas de otro “sangrador” con nombre de Emperador.

El jugo que le falta al estoicismo se encuentra, sin embargo, en el cristianismo, creencia que penetra “en forma de rayo ideal, taladrando e incendiando”¹⁰. La razón de la propagación del cristianismo reside precisamente en ese martirologio del que España hará gala y que nos otorga prontamente un camino propio para ser y sentirse español. También aquí se manifiesta la particular interpretación que se hace en el *Idearium* de la causa final de la entrega de España al cristianismo y es la vía del estoicismo. Es decir, que la influencia de Séneca, que no es cristiano, en una provincia de la que procede pero de la que no podemos decir que sea un representante genuino, porque es profundamente romano, nos conduciría a que el cristianismo llegue a España y en ella germine. Esta interpretación un tanto traída por los pelos sirve a la idea motriz sobre

¹⁰ GANIVET, Á. *Idearium español*, op. cit., p. 8.

la que se sostiene: el cristianismo enlaza con la españolidad y con esa forma especial de ser español. Como no se puede deslindar la historia de España del cristianismo y como en realidad tampoco se puede entender lo que fue España al correr de los siglos, sino bajo la imagen de la Cruz, Ganivet no duda en realizar otra de esas afirmaciones tajantes que es uno de sus sellos característicos. Si el estoicismo verdadero es el senequista, el español, el cristianismo es consecuencia de aquél. Producto de la mitificación de Séneca que no sólo se halla en el granadino y que le atribuye en su tierra natal una influencia que no se corresponde con la realidad, pero tampoco puede desconocerse que la savia que efectivamente le falta al estoicismo se encuentra presente en el cristianismo, que da ese paso adelante que una filosofía no puede llegar a dar.

Y del cristianismo se produce una metamorfosis social que conduce al catolicismo, que es, en definitiva, “religión universal, imperante, dominadora, con posesión real de los atributos temporales de la soberanía”¹¹. Y a partir de ahí nos encontramos con una nueva interpretación cabría decir que en clave “intrahistórica”, porque el periodo visigótico es importante “sólo de una manera externa”. ¿Qué le falta para serlo? Profundidad, es decir, buscar lo esencial. Si bien durante ese periodo la religión adquiere un indudable poder social, lo cierto es que más allá del mismo y de ese aparato ornamental del que se adorna la religión, carece de energía, carece de esa fuerza vital que Ganivet quiere encontrar tanto en los personajes que menciona como en esta descripción de la historia de España. Nuevamente nos hallamos ante un juicio sumarísimo que es también torticero en su negación: “la filosofía es un embrión de filosofía escolástica, sin carácter propio, y la generalización de la cultura sólo da un resultado pudiera decirse cuantitativo y, por lo tanto, sin relieve”¹². Lógicamente no se destaca la figura de un San Isidoro de Sevilla que es algo más que un simple recopilador, que es un pensador político que ciertamente bebe de la tradición que establece Osio, pero del que no puede desconocerse un papel protagonista en ese momento de los estertores de un mundo que se derrumba, sacudido por la llegada del Islam. Lo esencial de España también se descubre en esta etapa visigótica despreciada

¹¹ GANIVET, Á. *Idearium español*, op. cit., p. 13.

¹² GANIVET, Á. *Idearium español*, op. cit., p. 13.